

mildad y la mansedumbre, no será ménos benigno á nuestras oraciones, porque en una cuestion puramente científica nos hayamos visto precisados á defender nuestra opinion, distinta de la suya; y por su parte el espíritu del inmortal Taparelli no llevará á mal que en la presente polémica hayamos tratado de probar que la base de su teoría carece de consistencia. Él está ya contemplando, que tal es nuestra confianza, la luz eterna, la belleza verdadera que nosotros buscamos todavía, y como no hay más que una, en ella somos tambien una misma cosa todos los que la aman (1), ahora la busquemos aquí, ahora posean allá su bienaventurado esplendor.

### XXX.

El gusto considerado en el primer sentido de esta palabra. Existe para el juicio sobre la belleza una norma objetiva, invariable, independiente de las apreciaciones individuales. El criterio caleológico y la crítica caleotécnica. El gusto considerado en el segundo sentido, ó sea en toda la extension de la palabra. Este gusto es cosa muy rara. En donde se debe de buscar la razon de la gran diferencia que hay en los juicios caleológicos. El tribunal supremo de la crítica de las producciones caleotécnicas.

175. En uno de los diálogos finge Platon un caso que viene muy bien aquí. «Supongamos», dice, «que á alguno le ocurre la idea de anunciar

(1) Ipsa est lux; una est, et unum omnes qui vident et amant eam Aug. Conf. 10. c. 34.

un concurso público sin declarar sobre qué haya de ser, y que juntando á los de la ciudad les dice el premio que ha de darse al que mejor salga con el empeño de agradar á los espectadores, de suerte que aquel será el agraciado, que más los contente y divierta: en ese caso ¿qué vendria á suceder?—Quién compondria con ese intento una epopeya, como Homero; quién un canto con acompañamiento de cítara; un tercero saldria con una tragedia, otro con algun entremes ó juguete cómico, y no seriamos nosotros quienes se maravillaran de ver presentarse en la escena á algun titiritero á lucir la habilidad de sus manos muy confiado en llevarse la palma. Ahora bien; ¿á quién de estos y de otros muchos aspirantes deberia ser adjudicado el premio?» Clinias de Creta dice no ser posible dar la respuesta á quien no se hallare en el lance; pero Platon desata el nudo muy fácilmente diciendo: «No hay duda que si el jurado lo compusieran chiquillos, el premio seria para el prestidigitador; si mancebos, estaria por el saneite; y por último la tragedia seria la preferida, si fueran jueces las mujeres formales, los adultos, y hablando por lo general la mayoría. En cambio nosotros los viejos en ninguna otra cosa hallariamos tanto deleite como en alguna Iliada ú Odisea, ó en las obras de Herodoto, y á los rapsodas los pondriamos los primeros. En justicia, ¿á quién perteneceria la corona? Es indudable que al elegido por

el voto de los viejos; porque nuestro carácter y el juicio que nosotros formamos valen mucho más que el de los jóvenes» (1).

Si hoy día se atreviese alguno á aplicar semejante máxima, de seguro se vería honrado con el título de tirano del gusto; y en todo caso los parciales de la prestidigitacion y los amigos de la farsa cómica opondrian en su defensa aquel cánon que dice: *De gustibus non est disputandus*. «Son cosas», se dice, «de mero gusto, y de gustos nada se ha escrito; todos tienen en ellas el mismo derecho». Cierta, como el asno de Heráclito (2), si teniendo que elegir entre un monton de oro y un saco de paja uno se fuese instintivamente á la paja, sin haber argumento alguno con fuerza bastante para moverle á preferir el oro. Sobre gustos no hay disputa.

176. El gusto de la belleza, digimos en otro lugar (153), no es otra cosa sino la dulzura del puro amor. Para esto nos sirve el sentido externo, que llamamos sentido del gusto, para percibir y disfrutar la suavidad y en general el buen sabor de los manjares; y así no carece de exactitud la metáfora que se emplea cuando pasando de ese sentido, que es el propio, trasladamos la palabra «gusto» á significar la facultad que tenemos de gozar el placer inherente á la belleza

(1) Plat. de leg. 1. 2. ed. Bip. vol. 8. p. 69. Steph. 658. a.

(2) En Aristóteles, Ethic. Nicom. 10. c. 5.

de las cosas, y de reconocerla empíricamente por este medio.

Qué cosa sea esta facultad, no es posible dudarlo en teniéndose presente lo que precede. No han faltado sobre este punto, perteneciente á los estudios antropológicos, hipótesis más ó menos eruditas: nosotros las tenemos por supérfluas y excusadas. El gusto no es en realidad otra cosa sino la misma razon. Puede recordarse á este propósito lo que manifestamos en la primera parte (29-30.) En tanto somos criaturas racionales, en cuanto se regula nuestro conocimiento por las leyes invariables de la sabiduría eterna; y en cuanto nuestra virtud expansiva se mueve naturalmente hácia lo que es bueno con bondad moral. Esta propiedad esencial de nuestra naturaleza nos hace capaces de conocer la verdad, y bajo tal respeto lleva los nombres de inteligencia y razon, tomada esta voz en sentido riguroso; por medio de ella discernimos el bien del mal y sentimos inclinacion al primero y aversion al segundo, representándose bajo este respecto dicha facultad como sentimiento moral ó conciencia; finalmente por virtud de esa propiedad podemos gustar el placer inherente al amor del bien en sí mismo considerado, y reconocerlo por este medio como bello: tal es la razon de llevar en este caso el nombre de gusto.

El gusto, tomado en dicho sentido, es pues, no ménos que el entendimiento y la conciencia, una

dote esencial de la naturaleza racional. A ningún hombre le falta conciencia ó inteligencia, porque segun el verso de Arato confirmado por el Apóstol ante el Areópago, por la inteligencia precisamente «somos del linaje de Dios» (1); á ninguno le falta aptitud para gustar y percibir la belleza, porque todo hombre, segun el dicho de Máximo de Tiro, tiene algun parentesco (2) con «lo bello primordial, con la belleza misma por esencia» (3).

177. ¿Pero es tan solo empírico el juicio sobre la belleza de las cosas? ¿Acaso la percibimos únicamente por el efecto agradable que nos causan, ó hay tambien algun principio independiente de la experiencia segun el cual pueda ser discer-

(1) Τοῦ γὰρ καὶ γένος ἐσμὲν. Act. 17 28.

(2) Συγγενὴς ἀπὸ καλῶ. Max. Tyr. Dissert. 27. al. 11. número 8.

(3) A esta facultad natural de gustar y de reconocer empíricamente por este medio la belleza se refiere Ciceron en estas palabras: Illud autem ne quis admiretur, quoniam modo haec (la belleza del estilo en los discursos) vulgus imperitorum in audiendo notet: quum in omni genere. tum in hoc ipso magna quaedam est vis incredibilisque naturae. Omnes enim tacito quodam sensu, sine ulla arte aut ratione, quae sint in artibus ac rationibus recta ac prava discernunt: idque quum faciunt in picturis, et in signis, et in aliis operibus, ad quorum intelligentiam a natura minus habent instrumenti; tum multum ostendunt magis in verborum, numerorum, vocorumque iudicio; quod ea sunt in communibus infixa sensibus, neque earum rerum quemquam fundibus natura voluit esse expertem. Itaque non solum verbis arte positae moventur omnes, verum etiam numeris ac vocibus. Quotus enim quisque est, qui teneat artem numerorum ac modorum? At in his si paulum modo offensum est, ut aut contractione brevius fieret, aut productione longius, theatra tota reclamant. De or. 3. c. 50. n. 195.

nido lo bello de lo feo, y entre las cosas bellas las que tienen más de las que tienen menos belleza?—Ni la naturaleza del bien en sí, ni las condiciones y las leyes que determinan la bondad intrínseca ó amabilidad de las cosas,—ni la naturaleza racional, ni aun la norma innata de su conocimiento y de su fuerza impulsiva, dependen de la experiencia. Todas esas cosas serian, aun cuando no hubiese razon alguna finita que las conociese, aun cuando fuera de Aquel que es sobre todas las cosas bello, no existiera espíritu alguno capaz de gozar la contemplacion de la belleza. Independientemente de la impresion que hacen en nosotros las cosas, así como son verdaderas y buenas, así son tambien bellas por conformar con la belleza esencial; independientemente de esa impresion las leyes del juicio acerca de la belleza duran eternamente en la sabiduría divina. *La razon increada: tal es el gusto absoluto.* Y pues nuestra razon ha sido creada á semejanza de ella, y la lleva impresa como un sello; y pues en nuestra razon fueron impresas las leyes de la sabiduría eterna como regla natural de su conocimiento y de su amor, síguese claramente que la razon constituye verdaderamente la regla próxima ó inmediata que regula así los juicios tocantes á la verdad y al bien, como los que se refieren á la belleza. De aquellas ideas y principios fundamentales de que otras veces hemos hablado (29-106), salen precisa-

mente los axiomas objetivos independientes de la experiencia, en los cuales se funda esencialmente el gusto, axiomas que valen y deben ser reconocidos por regla necesaria de la mente en sus juicios acerca de la belleza.

Como patrimonio que son de nuestro espíritu, y como habitualmente presentes en él estos principios forman el criterio caleológico, es decir, la facultad de conocer *a priori* la belleza de las cosas. De los cuales, una vez ordenados en forma de sistema y explicados científicamente, se engendra la *teoría de la crítica caleotécnica*, es decir, del arte de juzgar rectamente las obras de las bellas artes.

Así pues, nosotros distinguimos, en tratándose del reconocimiento de la belleza, un criterio empírico y otro *a priori*, á saber: el gusto y el juicio caleotécnico: de la union de uno y otro en nuestra alma resulta la facultad de que habemos menester con relacion á la belleza: esta facultad es *el gusto considerado en el segundo sentido, ó sea en toda la extension de la palabra*. Por él entendemos pues la facultad de reconocer empíricamente y *a priori* la belleza de las cosas, de sentirla y de pronunciar la mente al mismo tiempo su juicio acerca de ella. Si el criterio caleológico no se apoyase en el sentimiento estético, haria su oficio con trabajo, con lentitud y sin la precision conveniente; muchos puntos de vista al parecer de poca monta quedarian ocultos para él

del tesoro de la belleza. La perfeccion del gusto depende de su limpidez (rectitud) y finura (delicadeza); y estas dotes son cabalmente el resultado de aquellas dos facultades.

178. Habiendo segun esto reglas objetivas que dirigen nuestros juicios tocantes á la belleza; siendo la razon humana el tribunal competente acerca de ella, como acerca de la verdad y el bien, ¿de dónde proceden en el mundo caleológico aquella tan varia pluralidad de ideas, aquella tan grandiversidad de juicios, aquellas tan opuestas aficiones en orden principalmente á las obras de la bellas artes? Otra pregunta se nos ocurre á nosotros. Poseyendo la razon humana todo lo que ha menester para dictar fallos seguros en cuestiones puramente filosóficas, ¿de dónde la diversidad de juicios que se echa de ver en muchas cuestiones de Metafisica? ¿de dónde la variedad todavía mayor de opiniones en controversias morales, en las cuales así la opinion afirmativa como la negativa cuenta sus defensores, surgiendo además en la mayor parte de los casos un tercer partido que con sus hipótesis y distinciones procura conciliar los extremos contrarios? La explicacion de esto no es otra sino la flaqueza y limitacion de la razon considerada tal como se da siempre á conocer en los individuos. Todos están conformes en los principios respectivos de las ciencias, y aun en las consecuencias que salen inmediatamente de ellos; pero

cuando se trata de conclusiones algun tanto remotas, cuando hay que atender á diferencias á primera vista imperceptibles, y juzgar de cosas á que solo remotamente son aplicables los primeros principios, entonces el individuo suele á menudo carecer de aquel ojo penetrante sin el cual es imposible ver el objeto con claridad y firmeza. Así se explica en muchos casos la diferencia de los juicios caleotécnicos.

Pero sobre este punto hay que hacer todavía otras reflexiones de más momento. Es un hecho constante que de todas las cosas que tienen parte en los juicios de los hombres, ninguna influye tanto como el corazón. Cuando alguna cosa conforma con nuestras inclinaciones, con la mayor facilidad del mundo pasamos junto á sus defectos sin advertirlos; y por el contrario, las buenas partes de ella se nos ofrecen en su máximo grado de perfección, esclarecidas por rayos de brillante y hermosa luz; pero si estamos prevenidos en contra, no hay razón, por fuerte que sea, capaz de encarecerla á nuestros ojos. Este influjo del sentimiento sobre nuestros juicios se echa de ver hasta en las cuestiones puramente especulativas; bien que el hombre que rectamente discurre, procura neutralizarla con la seguridad que le da la conciencia de que solo cuando está libre de la agitación consiguiente á las afecciones del ánimo, debe de pronunciar sus juicios. Si la cuestión versa sobre obligaciones ó derechos, el co-

razón influirá con más insistencia y mejor éxito en pró de sus pretensiones, aunque también aquí habrá de sufrir al fin contradicción, á lo ménos en la teoría, y ser reducido al silencio: pues todos saben que su intervención harto fácilmente lastima intereses altísimos. Aquí el gusto, tomada esta palabra en su segundo sentido, el gusto empírico se considera plenamente autorizado para emitir su voto con el mismo derecho que la razón científica. Y lo está ciertamente, porque el sentimiento del placer es ya de por sí el efecto producido por la belleza, y es evidente que las cosas se conocen por sus efectos. Pero precisamente aquí es donde más abierta está la puerta al engaño. El afecto de que nuestro corazón se siente poseído para con la belleza, es el amor, pero el amor propiamente dicho; la belleza produce deleite, pero deleite superior inherente á la satisfacción del puro amor. Empero junto al amor de las cosas buenas en sí mismas se da el de las cosas buenas para nosotros, y al lado del deleite originado de aquel amor dánse mil otros placeres ó satisfacciones del amor concupiscible. Pues ¿qué cosa más fácil que confundir un amor con otro, aquel deleite con éste último? Y cuando esto sucede, adios la confianza que se suele poner en el sentimiento natural para llegar á conocer la belleza; en tal caso corrómpese el gusto tornándose falso, y se tienen por bellas muchas cosas que solo son *agradables*. Es mucho de notar

además que el amor de concupiscencia es naturalmente mucho más violento que el de benevolencia, y que el deleite inherente á la satisfacción del primero es también mucho más sensible que el deleite originado de la belleza (1). En no haciéndose esta distinción, el juicio que pronuncie la mente, caso de colisión entre ambos sentimientos, no puede ménos de ceder en perjuicio de la belleza: de dos cosas aquella parecerá más bella que cause mayor deleite: y bien podrá ser alguna notablemente deforme, que no por eso se le dejará de atribuir el mérito de la hermosura, si por ventura se lleva tras sí con viva fuerza la inclinación concupiscible. «Ya sabe á fé mía el amor,» dice en este sentido egre- gíamente un antiguo poeta (2), «hallar á menudo bello lo que está muy distante de serlo.»

(1) Véase á S. Thom. S. 1, 2 p. q. 27. a. 3. c.

(2) Ἡ γὰρ ἔρωτι  
Πολύτρεμος ὦ Πολύτρεμος, τὰ μὴ καλὰ καλὰ Πέφανται.  
Theocrit. Idyll. 6, v. 18.

En el mismo sentido se explica Horacio;

.....amatorem quod amicae  
Turpia decipiunt caecum vitia, aut etiam ipsa haec  
Delectant; veluti Balbinum polypus Hagnae  
Sat. 1. 3. v. 38.

Y en Ciceron leemos:  
Nobis. . . . etiam vitia saepe iucunda sunt. Naevus in articulo  
pueri delectabat Alcaeum; at est corporis macula naevus; illi tamen  
hoc lumen videbatur. Q. Catulus, huius collegae, et familiaris nos-  
tri pater, dilexit municipem tuum Roscium: in quem etiam illud  
est ejus:

La tendencia innata de la razón al bien en sí es una en todos los hombres; pero la tendencia peculiar de cada individuo parece presentar un juego como de variaciones sin número cual los colores del camaleón. La edad y el linaje, el temperamento, el clima y los alimentos, la clase de ocupación y los hábitos ordinarios, las relaciones exteriores y acaecimientos personales, la educación, la costumbre, la cultura científica, el trato, las lecturas, las buenas ó malas cualidades hereditarias ó adquiridas, y otras muchas cosas influyen de varios modos en el corazón humano, y de suerte que el peso de esos motivos se echa respectivamente de ver en la balanza del juicio. En vista de todo lo cual, ¿quién podrá reputar por enigma la infinita variedad de ideas, la división de los pareceres en la apreciación de la belleza en los dominios del arte y del gusto?

179. Y cuenta que hemos supuesto cosas más favorables que las que ordinariamente suceden; porque hemos hecho ver cuán fácilmente yerra en el juicio caletécnico la inteligencia humana á impulso del sentimiento empírico del placer; pero si bien se mira, ¿cuántos son los hombres

Constiteran, exorientem auroram forte salutans,  
Quum subito a laeva Roscius exoritur.  
Pace mihi liceat, coelestes, dicere vestra,  
Mortalis visus pulchrior esse Deo.

Huic Deo pulchrior: at erat, sicut hodie est, perversisimis oculis.  
Quid refert? si hoc ipsum salsum illi et venustum videbatur? De  
nat. deor. 1. c. 28. n. 79.

cuyo entendimiento posea verdaderamente la facultad de pronunciar tales juicios? Los ménos; pues aunque la razon es comun á todos los hombres, pero no como potencia cultivada, sino antes como una virtud que necesita labrarse y desenvolverse. Las ideas acerca del deber y del derecho, así como las que se refieren á Dios, al hombre y al universo, son de la más alta importancia, pues están ligadas con el supremo fin de nuestro sér; por cuya razon han reclamado siempre con toda justicia una atencion preferente de parte de cada hombre en particular, y en todos tiempos han sido asunto de profundos discursos y definiciones precisas; por esto mismo la educacion pone necesariamente sus miras en adoctrinar al entendimiento en las verdades del orden metafísico y moral, en desenvolver completamente y sobre todo el sentimiento religioso y afinar en lo posible la conciencia moral. No puede decirse otro tanto del sentimiento de la belleza, el cual no está enlazado, á lo ménos de un modo inmediato, con el fin necesario; que ninguna necesidad hay de gustar esos placeres. ¿Qué maravilla pues si no se ha ahondado tanto en este terreno? ¿si se descuida la cultura de la razon en esta línea? ¿si la educacion de la virtud caleotécnica es promovida á lo más como bien accesorio y de escasa importancia? Verdad es que esta facultad procura naturalmente formarse, pero no con estudios sólidos, ni con el magisterio de autores

clásicos y con el ejercicio conveniente, sino bajo el dominio de influencias accidentales de diversas especies. Por donde se vé cuán imperfecta ha de salir la obra. En muy pocos se dá pues el conocimiento de las razones primeras con que debe ser discernida y apreciada la belleza; y aun en aquellos que las poseen, suelen ser estas inciertas, vacilantes y andar mezcladas con falsas miras y con preocupaciones. Por todo lo cual bien puede asegurarse que el gusto, considerado en toda la extension de esta palabra, y especialmente el gusto cultivado con perfeccion, es cosa extraordinariamente rara (1); la inmensa mayoría de los hombres carecen de él, pues no tienen el único elemento esencial del gusto mismo, la facultad de pronunciar juicios caleológicos rectamente educada. Aquel sentimiento que hemos llamado gusto en el primer sentido de esta palabra, es decir, la facultad natural de gozar y conocer empíricamente la belleza por virtud de este gozo, constituye siempre en el mundo caleológico aquel supremo tribunal donde los fallos son dados en última instancia sin más apelacion.

Basta la más ligera reflexion para conocer que en tales circunstancias el error y la diversidad de apreciaciones en el orden caleológico son in-

---

(1) Après l'esprit de discernement, ce qu'il y a au monde de plus rare, ce sont les diamans et les perles. Labruyere.